
SEÑAL MEMORIA

18 de diciembre de 1941

Presidente de la República

Eduardo Santos Montejo

La Segunda Guerra Mundial y política Internacional.

Exposición hecha por el señor presidente de la república,
Doctor Eduardo Santos, desde los micrófonos del Palacio de La Carrera,
en la noche del 18 de diciembre de 1941.

Señoras y señores:

Jamás en nuestra historia había tocado a un Mandatario colombiano dirigirse a sus compatriotas, a todos sus compatriotas, en situación tan seria y grave para la humanidad entera, como la que ella afronta en los actuales momentos.

La humanidad había conocido antes innumerables conflictos guerreros; porque es la guerra una de sus dolorosas y humillantes características: la historia de los hombres es en gran parte la historia de sus guerras, el relato de su locura. Y también de su defensa contra los accesos de esa locura; de sus luchas por dominar la violencia y libertarse de ella; de sus sacrificios por dar al derecho el respaldo y garantía de la fuerza. Pero nunca antes había cubierto el manto sombrío de la guerra todo el planeta ni había hecho sentir a la vez su estrago en todas partes. El mismo conflicto del año catorce, que parecía imposible de superar en su magnitud, dejó en calma vastas zonas que pudieron ampararse en una neutralidad sincera, como los países escandinavos, por ejemplo. Entonces encontraron ellos, y otros muchos, en la corrección e imparcialidad de su conducta, una garantía efectiva, pero ahora han sido abrumados por el huracán de la agresión sin que la perfecta inocencia de su conducta atenúe en nada lo duro, amargo e inicuo de su suerte.

Se había hablado de guerra total y universal. La estamos viendo, sintiendo, y nos encontramos quizá en vísperas de padecer sus efectos. Estamos ante una guerra en que se comprometen los hombres todos, porque están en juego cuestiones vitales de orden material y económico, de orden moral y espiritual. La organización internacional que existía hasta hace pocos años ha sido destruida hasta sus cimientos. Pueblos de

libertades milenarias sufren hoy los horrores de la esclavitud. El mundo viejo está en vía de desaparecer y está naciendo un mundo nuevo ante el cual a nadie es dado permanecer indiferente porque la solución a que se llegue ha de afectar a todos de manera vital y ha de decidir de sus destinos, presentes y futuros.

¿Se conservará como base de la vida internacional el principio de la libertad, el derecho de cada pueblo para decidir libremente sobre sus destinos, el respeto por los fueros de la personalidad humana, la igualdad entre las razas, la igualdad jurídica entre las naciones, el concepto democrático para la organización del Estado que lo pone al servicio de los hombres y de sus derechos e intereses, o se impondrá más bien el principio de la superioridad de las razas, del predominio de los fuertes que no ven en los débiles sino clientes o siervos, de la omnipotencia del Estado gigante, que asume caracteres de divinidad sangrienta y a cuyos fines egoístas, inescrutables y feroces, se sacrifican individuos y pueblos ciega y calladamente? ¿Pasará la libertad a ser recuerdo de otros tiempos o seguirá ella siendo la razón de ser de nuestras vidas? El derecho internacional, elaborado en siglos de meditaciones encaminadas a darle a la humanidad normas jurídicas, ¿quedará reemplazado por la teoría de los espacios vitales y quedarán también reemplazadas las instituciones representativas por los caudillos omnipotentes que tienen en sus manos y en las de sus camarillas la suerte de todos?

Eso, y mucho más, se está jugando en la actual contienda. Y no se ha limitado ella a los pueblos combatientes sino que ha querido extender sus propagandas, sus pretensiones, sus planes y programas, a todos los pueblos, aun a los más pacíficos y alejados de los campos de batalla; en todos pretende sembrar la semilla de

teorías que preparan y facilitan el camino a anhelos de dominación universal.

¿Podrán en tales circunstancias subsistir las antiguas teorías de la neutralidad estricta; puede Colombia encerrarse dentro de esa neutralidad clásica, y envolverse en una engañosa capa de indiferencia, agregando a todo ello como consecuencia lógica la actitud legendaria del que se tapa ojos y oídos para no ver ni oír y la boca para no tener que hablar, y se abroquela en la convicción estúpida de que en no viendo, ni oyendo, ni hablando, ignorándolo todo y callando siempre, ha de salvarse de los peligros que lo acechan? Contra esa actitud, propicia a todas las desventuras y a todas las ignominias, existen razones morales y razones jurídicas. Existen nuestros compromisos de orden internacional y existe nuestro concepto de lo que debe ser la vida, de los deberes de los hombres ante los problemas fundamentales que ella presenta.

Hay una inmensa mayoría de la humanidad que hoy sufre indeciblemente y conoce en todos los órdenes dolores inenarrables: naciones y hombres y mujeres que han perdido todas sus libertades y están perdiendo todos sus bienes. Hay numerosos pueblos, la mayoría de los que se agitan sobre la tierra, que hoy luchan con indomable energía y con sacrificio trágico por mil y mil cosas, grandes y pequeñas, sublimes y triviales, modestas y extraordinarias, y que están así construyendo con su sangre y su martirio —para bien o para mal de todos— el mundo futuro de todos. ¿Podemos, frente a esos hechos, encogerse de hombros, seguir en apacible calidad de espectadores que observan con mayor o menor atención las peripecias de una tragedia de la que no forman parte? ¿Existe la posibilidad siquiera de que al amparo de ese egoísmo mediocre sigamos defendiendo nuestros pequeños intereses y velando por nuestros menudos negocios, y consagrándonos a nuestros escauceos políticos, de espaldas al vasto mundo que como nunca se estremece en una convulsión quizá definitiva?

Yo, para honor de mi pueblo y de mi raza, no lo he creído nunca, no lo podría aceptar ni en vuestro nombre ni ante mi propia conciencia. La noble frase del latino escrita tal vez para espíritus superiores, se ha convertido en norma de vida y de acción para pueblos conscientes y libres: “Humano soy nada humano me es ajeno”. Las desatadas tempestades que hoy azotan al universo no nos son ni indiferentes ni ajenas. Nos han de afectar profundamente y tenemos la obligación moral de asumir ante ellas una actitud definida. No podríamos sin deshonrarnos, sostener que nos es igual la libertad que la tiranía; que la agresión de las potencias militares nos deja indiferentes; que el atropello a los neutrales, la tiranía a los pueblos vencidos nada nos importan; que ante las dos ideologías que se disputan el predominio sobre los hombres y sobre los Estados,

Colombia no tiene ni opinión ni concepto. Si vanos temores y cobardías inconfesables nos llevaran alguna vez a asumir esta actitud podría decirse de nosotros que éramos un país sin alma y sin espíritu, “nacido para la servidumbre”.

Pero ocurre, además, que nuestra política internacional, libremente aceptada, ratificada por el Congreso Nacional, acogida por el pueblo colombiano, parte de la base de que existe en América un conjunto de principios, una norma armónica que nos coloca en el campo ideológico acorde con nuestras tradiciones, con nuestras necesidades y con nuestros ideales, y que, en torno de ello, crea una solidaridad integral que no es una palabra vana sino una obligación y una garantía para todos. Esos instrumentos diplomáticos no son simplemente el resultado de transacciones y negociaciones entre Cancillerías. Todo eso es el resultado lógico y necesario de la realidad americana. Esas declaraciones de principios de Lima y Buenos Aires, esa política definida en esas Conferencias Panamericanas, y en La Habana, y en Panamá, no ha sido obra artificial de unos políticos sino la resultante casi espontánea de lo que ha sido y es América y de lo que tendrá que ser.

En otros pueblos la política del predominio violento, de la superioridad de razas y de la ilimitada ambición dominadora, puede ser la expresión de fuerzas y características íntimas, atrozmente egoístas y por lo mismo infinitamente peligrosas, pero basadas en sentimientos e ideas atávicas, tanto más inquietantes para la humanidad cuanto más profundas.

En frente de ellas la doctrina americana de fe en la democracia, de igualdad jurídica entre los pueblos, de igualdad respetuosa entre las razas, de cooperación generosa y sincera para adelantar con él con curso común el desarrollo progresivo de un mundo nuevo, no es menos natural y espontánea, no es menos lógica y explicable. El que los Estados Unidos de Norte América se hayan convertido en el paladín de esa doctrina y en su invencible garantía, constituye la mejor página de su historia y el más noble título de su grandeza. La solidaridad panamericana consulta a la vez nuestros ideales políticos, nuestros principios morales y la salvaguardia de nuestros intereses materiales. Constituye una garantía para la soberanía e independencia de nuestras naciones y un programa para el desarrollo espiritual de nuestros pueblos. Pero cuando llega la hora en que todo eso se pone en peligro, esa solidaridad tiene también sus consecuencias y nos obliga a colocarnos neta y valerosamente, del lado en que por insigne fortuna nuestra, están a la vez nuestros intereses morales y nuestros intereses materiales, la fidelidad a los principios democráticos que orientan nuestra vida cívica y la obligación de cumplir nuestros compromisos internacionales.

Por todo eso, señoras y señores, compatriotas colombianos todos en esta lucha titánica que adelanta la humanidad, en esta agresión de que han sido objeto los Estados Unidos de Norte América por parte del Imperio Japonés, y a la cual se sumaron luego los Gobiernos de Alemania y de Italia, Colombia no es ni indiferente ni neutral, ni tiene alma de espectador indolente al cual, en definitiva, poco le importa el desenlace. No. Nosotros estamos con nuestros amigos, y estamos firmemente con ellos. Nosotros cumpliremos el papel que nos corresponde en esta política de la solidaridad continental, y sin odio para nadie, sin ánimo rencoroso y vengativo para pueblo alguno, acompañamos franca y lealmente a los Estados Unidos de Norte América y a sus aliados en esta lucha gigantesca.

Algunos espíritus asustadizos o algunos que tienen su corazón del lado totalitario, en virtud de aquella extraña inclinación que algunos débiles tienden a dejarse deslumbrar por la fuerza, sin pensar en que de esa fuerza han de ser las primeras víctimas, suelen decir, con fingida o sincera inquietud, ante cualquier noticia que no parece satisfactoria para la causa que defendemos: “Nos hemos apuntado a una mala carta”. Si eso fuera así, permítanme a todos que les diga que a esa carta no nos apuntamos ahora sino en la tarde del 20 de julio de 1810. Nos apuntamos a ella cuando nuestros soldados escalaban los Andes y cruzaban los páramos para venir a jugar la más azarosa de las cartas en los campos de Boyacá. A esa carta hemos estado apuntados durante siglo y medio, y es cierto que por ello pasó años enteros Antonio Nariño en La Carraca de Cádiz y por ello fue paseada la cabeza de Camilo Torres por las calles de Bogotá. No creo que perdamos jamás esa carta, porque a ella está apuntada toda la vida de América, la suerte toda de los hombres y mujeres libres del mundo. Pero, en todo caso, habría algo peor que la pérdida varonil de quien procede de acuerdo con sus antecedentes e ideales: sería la pérdida del que claudica y se inclina por temor y por falta de fe en lo que vale mucho más que la vida misma.

¿Hasta dónde hemos de ir en esta actitud nuestra? es una pregunta que muchos me hacen y que quizá está en los labios de todos. Vaticinar en las presentes circunstancias, cuando lo que suele suceder es lo que antes parecía inverosímil, resulta demasiado aventurado. Pero la realidad visible sí permite definir posiciones, y yo creo que en esta hora nada es más indispensable para la seguridad del país y para su salud moral que una política de franqueza que a todos permita saber dónde estamos y para dónde vamos. No somos una potencia militar que pueda hacer pesar sus fuerzas en la actual contienda de modo apreciable y no hemos de declarar la guerra a nadie que no quiera agredirnos directamente y que no pretenda hollar nuestro territorio o traer a él sus armas sin nuestro explícito acuerdo y sin la expresa garantía de la política de solidaridad

continental que preconizamos. No haremos la guerra, no podríamos hacerla, sino en nuestro suelo. Sobre la tierra misma de nuestros padres y de nuestros hijos, contra cualquiera que pretendiera convertirla en punto de partida, en base, en elemento para agredir a nuestros amigos y desconocer la política que sustentamos o que quisiera pasar por encima de nuestra voluntad o de nuestro derecho.

Pero es claro que si esa agresión se produjera y si pabellones y fuerzas extranjeras se enfrentaran a las nuestras en nuestro territorio, no podríamos limitarnos a la protesta, más o menos lírica de aspecto teatral; no lo admitiría quizá ninguno de cuantos me escuchan.

Tendríamos tal vez que hablar poco en tal emergencia, pero tendríamos que obrar mucho, con todas nuestras fuerzas, hasta el límite último del sacrificio. Tendríamos que combatir al lado de nuestros aliados; que combatir con cuanto pudiéramos y tuviéramos, porque no puede dejarse la defensa de la tierra propia a otras manos ni la guarda de la propia soberanía al cuidado exclusivo de otras fuerzas. El agredido que no firma con su sangre la resolución de no soportar la agresión, el país invadido que no marca con las tumbas de sus hijos las huellas de los agresores, no queda capacitado para recobrar, como tiene que hacerlo, la totalidad de su soberanía. Nosotros pondremos a toda acción de guerra, a toda declaratoria de guerra, este límite de la agresión directa a nuestro territorio. Y en ello creo que está conforme conmigo la unanimidad del sentimiento colombiano. Pero honradamente, debo agregar que no creo en la posibilidad de que puedan los agresores tratar de poner pie en nuestro suelo, y tengo una fe completa, documentada y justa, en la lealtad y sinceridad con que los Estados Unidos practican, en su letra y en su espíritu, las normas que determinan la solidaridad panamericana y que garantizan la libertad y soberanía del continente.

Por ello espero, con ardiente esperanza, que no conozca nuestra tierra en esta emergencia el duro peso de la guerra efectiva y que no tengamos que comprobar con sangre colombiana la voluntad de defender nuestro territorio y nuestros fueros, y la sinceridad efectiva de nuestro propósito de cooperar a la defensa del Continente y a la seguridad del Canal, de impedir cuanto desde nuestro territorio pudiera amenazarlo, de practicar la política de solidaridad que preconizamos.

Es evidente que la situación en que estamos colocados, tanto por hechos inevitables como por determinación libre de nuestra voluntad, nos impone una serie de medidas que es preciso tomar de manera inequívoca y clara. Las horas son demasiado graves y demasiado peligrosas para que sean posibles actitudes indecisas que pudieran —a quienes no nos conocen— sugerir dudas sobre la realidad de nuestra posición. Las leyes

de la lógica están exigiendo que, si rompimos relaciones diplomáticas y consulares con el Japón por su agresión contra los Estados Unidos, y al hacerlo no hicimos otra cosa que cumplir con una disposición terminante de un Acuerdo de La Habana ratificado por el Parlamento colombiano, observemos actitud paralela con los Gobiernos de Alemania e Italia que se solidarizaron con el Japón y lo acompañan en la guerra declarada al Gobierno y pueblo de los Estados Unidos. En uno y otro caso nuestra actitud tiene que ser idéntica y así tengo que declararlo sin rodeos, identificado, además, con los Gobiernos americanos que en su casi totalidad han declarado que en la guerra actual no tratarán ni considerarán como beligerantes ni a los Estados Unidos ni a ningún país americano que esté en guerra con una potencia no americana.

Nuestro rompimiento de relaciones diplomáticas y consulares con los Gobierno del Eje crea una situación excepcionalmente delicada respecto de los nacionales de esas potencias que residen en Colombia y que han sido huéspedes, por cierto muy gratos, de la República, que hasta ahora no ha tenido queja de ellos. Me explico sobradamente los sentimientos patrióticos que puedan animarlas, y ellos se explicarán la obligación en que está el Gobierno de impedir a toda costa cualquier cosa que pudiera ser perjudicial para la seguridad de la República o que pudiera amenazar nuestros permanentes intereses.

Tendremos que tomar medidas de extrema severidad para impedir toda clase de propaganda y toda actividad de extranjeros residentes en Colombia contrarias a la política de solidaridad americana. Será inevitable que los extranjeros de países comprometidos en guerra contra países americanos se sometan a disposiciones inspiradas en la necesidad de mantener lejos de todo peligro y de toda sospecha nuestra política internacional. La buena voluntad para someterse a esas disposiciones podría atenuar considerablemente perjuicios consecuentes.

Tendremos que tomar en cuenta estas cuestiones relacionadas con la población extranjera, en cuanto se refiere a la vigilancia de nuestras costas y puertos, toda clase de precauciones. Si alguien llegare a considerarlas excesivas no tiene sino que echar un vistazo sobre lo que ha sucedido y sucede en todos los países de la tierra en donde contra la confianza nacida del optimismo, de la conciencia tranquila, han sucedido las cosas más extraordinarias y han ocurrido los sucesos más inverosímiles. Al Gobierno no podrán hacerse cargos por exceso de precauciones. No podrá censurarse porque ponga el más nimio esmero en evitar incidentes que en estos momentos tan inquietantes podrían causar a Colombia daño irreparable. Los cargos serían sí justos si un exceso de confianza lo llevara a no tomar las mayores medidas de precaución. Nuestra

actitud es neta, franca y totalmente defensiva. No podemos permitir ni la más mínima cosa que pueda facilitar ni remotamente cualquier agresión ni contra nosotros ni contra los Estados Unidos. Si hay extranjeros que consideren demasiado duras las medidas que sea preciso tomar para la defensa de esta Patria, que para tantos de ellos ha sido madre generosa, no podríamos menos de recordarles que no es obligatoria su permanencia en un país que tiene ante todo que pensar en sus conveniencias vitales y que es hospitalario, generoso y está dispuesto a no causar a nadie perjuicios innecesarios, pero que no vacila en cuanto se refiere a su seguridad internacional y al estricto cumplimiento de los compromisos adquiridos.

Sería insincero si os dijera que esta política internacional que queda delineada netamente, está exenta de peligros, de complicaciones y de dificultades. En el mundo contemporáneo todo es infinitamente peligroso; podría decirse que el peligro se ha convertido en la condición normal de la existencia. Pero esos peligros serán tanto menores cuanto mayor sea la unión nacional y la cohesión colombiana en torno de una política que considero buena, grande y noble, y que es además indispensable; que está terminantemente aconsejada por la defensa de nuestros bienes más preciados; que constituye la mejor manera de defender nuestra soberanía, nuestras libertades y nuestro progreso. En estos momentos no puedo menos de recordar la nobilísima actitud que en un momento decisivo asumió Abel Carbonell en el Senado y la constancia que él y los Senadores Jorge Vélez, Francisco de Paula Pérez y Pompilio Gutiérrez dejaron sobre su concepto en frente a la situación internacional de Colombia. Estas palabras de Abel Carbonell son la más alta y vigorosa expresión de un alma colombiana. Constituye para mí un honor el repetíros las esta noche como una admonición al país de un grupo de patriotas cuyas ejecutorias nadie tiene la osadía de discutir:

“Opino, dijo el Senador Carbonell, que mientras no se han creado situaciones internacionales como la actual, todos tenemos derecho de discutir las y de procurar que se encaucen en el sentido que nos parezca mejor. Pero cuando la República afronta el caso de cumplir sus compromisos, no hay sino que respaldar las medidas que ellos suponen.

Pueden éstas resultar afortunadas o infortunadas, pues siempre hay un margen de azar en las previsiones humanas; pero lo peor que puede suceder es que nos anarquicemos, exhibiendo ante el mundo nuestras discordias domésticas.

“Por eso, no me importa cómo y por qué la bandera de Colombia se halla en determinado campo, sino que me coloco decididamente donde ella flamea”.

Que se graben en los corazones colombianos estas palabras de quienes en un momento crítico no quisieron oír más voz que la voz de la Patria. En estas horas difíciles las probabilidades de mantener intacta nuestra soberanía y sin grave trastorno nuestro progreso, dependen en gran parte de la serenidad y el patriotismo con que la opinión pública afronte los acontecimientos. Como lo dijo Luis López de Mesa en frase lapidaria, “la serenidad es el clima moral de la grandeza y su escudo mayor”, y agregó, muy justamente:

“Que no haya gritos inútiles, que la prensa periódica continúe reposadamente orientando la opinión pública; que se atenúe y atempere la vocinglería caótica de la radiodifusión que ya rompe oídos y criterio, que los gerentes de la economía nacional no pierdan la fe en su industria ni en la reciedumbre con que el Gobierno la defenderá día a día y perdurablemente”.

En este sentido tengo que hacer un llamamiento ahincado y fervoroso a cuantos desde la prensa o la radio informan a la opinión pública. Las informaciones erradas que en el extranjero se publican pueden hacernos muy grave daño. Las que aquí suelen echarse a volar por la prensa y especialmente por la radio con una incontinencia que me espanta y asombra, pueden hacernos un daño mucho mayor; pueden ser causa de las más serias dificultades. El Gobierno ha prohibido terminantemente la publicación de noticias de carácter militar que no tengan su origen en fuentes oficiales. Otro tanto tiene que suceder en las noticias sobre decisiones oficiales en materias internacionales. Las noticias falsas que sobre estas cosas se hagan circular, los rumores infundados, los alarmismos —tan contrarios a la dignidad del país— son otros tantos ataques a la defensa nacional. Espero que todo patriota lo sienta así y se ponga a sí mismo las limitaciones que de otra manera tendría que poner el Gobierno en uso de las facultades extraordinarias concedidas por el Congreso, para defender los intereses públicos, porque ocurre que algunos suelen poner en circulación, con fines nada inocentes, versiones absolutamente reñidas con la verdad y con las intenciones del Gobierno, pero que pueden causar alarmas y movimientos contrarios a la seguridad y al bien del país.

El Gobierno sabe y el país lo sabe también que nada distinto de proceder de los enemigos de la Patria habría podido dar lugar a pánicos que nada explicarían, que por fortuna no se produjeron en parte alguna, porque no habla para ello ni la menor razón ni el más mínimo pretexto. Pero hay que estar alerta, con los fabricantes de alarmas, con los inventores de malas noticias, porque pueden ser los peores enemigos del bienestar nacional, y los servidores de extranjeras pasiones.

Serenidad y confianza podrían ser el santo y seña que en las presentes circunstancias lleve al pueblo co-

lombiano al buen éxito anhelado. Serenidad para afrontar con tranquila apreciación de las circunstancias y con claro sentido de las proporciones las horas difíciles que vengan; confianza en la capacidad del país para superarlas, confianza en sus fuerzas económicas y morales, en nuestra fe democrática, en el ideal americano que constituye la suprema garantía de su porvenir. Y también, un poco, quizá un mucho, de abnegación, basada en la comprensión de las circunstancias mundiales que están exigiendo a la inmensa mayoría de los hombres sacrificios sin cuento; que están creando una situación de miseria creciente y destruyendo, hora por hora, con implacable ferocidad, riquezas acumuladas en decenas de años y de siglos.

¿Podría alguien imaginar que todo eso pasara sin tocarnos, que no nos llegue ni un pequeño lote de la carga abrumadora de dolores, daños y perjuicios que todos soportan, que siga nuestra vida en su ritmo creciente como si nada ocurriese? Sería la más absurda de las quimeras, el más peligroso de los engaños. El país tiene que prepararse para lo que venga, para afrontar dificultades que seguramente no serán superiores a sus fuerzas ni matarán sus esperanzas, pero que sí han obligado a un mayor despliegue de energías, a un esfuerzo más tenaz, a una honda y sincera comprensión de los sacrificios que a todos exige la tragedia contemporánea.

Estamos en uno de esos momentos en que la humanidad cambia de rumbo, y hay que darse clara cuenta de ello. Hemos soportado hasta ahora la prueba de la guerra universal con una fortuna maravillosa y en una forma que puede llenar al país de resolución y de esperanza para lo que pueda venir. Se han revelado en Colombia fuerzas de sólida organización económica, para muchos insospechadas, y que han permitido a nuestras industrias realizar avances magníficos en los últimos tiempos. Nuestra industria básica de exportación está defendida con éxito seguro y la vida económica en el interior del país ha obtenido niveles nunca antes registrados.

Trasladada la guerra a América, tropezamos con factores imprevistos que sin duda dificultarán la obra de nuestros hombres de trabajo y que en todo caso exigirán de todos una mayor reflexión, un más grande esfuerzo, una orientación más cuidadosamente meditada.

El camino de la facilidad ha dejado de ser transitable para gobiernos y para individuos. Si la concentración de esfuerzos y el sacrificio de lo accesorio en aras de lo fundamental era hasta ahora conveniente y benéfico, de ahora en adelante será inevitable y obligatorio. El país tiene que concentrarse en fomentar su producción y en defender su economía, dejando de lado todas otras cosas por halagüeñas o seductoras que parecien-

ran. Para asegurar sus defensas militares, sus medios de vigilancia y protección será preciso disponer de cuantiosos recursos, que sin ellos habrían de emplearse en obras de progreso pacífico. El Congreso ha querido concederme para esa labor facultades extraordinarias de que procuraré hacer uso con toda la firmeza y prudencia obligatorias en este caso, solicitando el consejo y la colaboración de cuantos sean capaces de prestarla, poniendo atento oído a todas las observaciones y reclamos, consciente de la pesadísima responsabilidad que aquéllas implican y del deber ineludible en que estoy de no ahorrar esfuerzos porque sea la Nación en su conjunto la única que de ello se beneficie. Estoy plenamente seguro de que para esta ponderosa tarea —que se realiza lejos de todo sentimiento sectario, lejos de todo interés partidista, con el exclusivo anhelo de servir al país entero— podré contar con la franca cooperación de toda la ciudadanía; la solicito y la espero. Confío en que la acción oficial tendrá en estas horas que vienen la fuerza y decisión que surge del respaldo nacional, como tienen las labores de la defensa nacional propiamente dicha el respaldo límite de las Fuerzas Armadas, cuya lealtad perfecta, cuya disciplina eficaz y abnegada constituyen para el Gobierno un constante motivo de orgullo, una fuente indeficiente de seguridad en la Patria y en sus destinos.

Tengo fe, compatriotas y amigos, en que de esta tempestad ha de salir la República consolidada y fortalecida, con renovadas energías y honor intacto. En el yunque del esfuerzo abnegado podremos hacer un poco más recios los músculos y el espíritu de nuestros hombres; podremos templar aquellas energías, a veces aflojadas por una vida que no tiene el acicate del peligro ni el atractivo de las empresas grandes y fuertes; podemos dar a todos la sensación que ya estamos dando, a despecho de voces aisladas que el viento se lleva, de que somos un pueblo unido, consciente de sus destinos y resuelto a defenderlos con el esfuerzo solidario. Un pueblo en donde el quintacolumnismo, vanguardia de los enemigos de la Patria, no encuentra sino enérgico y eficaz rechazo, indicativo de la represión instantánea e implacable que lo eliminaría si quisiera levantar sus apetitos y pasiones frente a los intereses y a la bandera de la Patria.

A veces, en el choque verbalista de nuestras discordias políticas, solemos perder el sentido de los hechos. Las palabras forman una cortina de humo, engañosa y perturbadora, que impide ver el hecho en toda su nitidez y en toda su magnitud. Pero las palabras y el humo que ellas crean se disipan, y el hecho permanece y nos invita a considerarlo con seriedad y a tenerlo en cuenta gravemente. Yo quiero que Colombia se oriente en estas circunstancias dramáticas del mundo moderno por los hechos que determinan su existencia

y por los principios que animan su espíritu; que no olvide su posición económica y su posición geográfica, que la hacen parte de un sistema político y económico claramente definido; que tenga siempre presente su tradición democrática y su vinculación a los ideales de libertad y de derecho, sin los cuales su independencia y soberanía serían flor de un día; que vaya al encuentro del porvenir sin complejos de inferioridad que la entreguen balbuciente y desconcertada, a fuerzas extrañas; que vaya con una política inequívoca, de filiación precisa y enérgica, que a todos permita saber en dónde está colocada, a qué ideales sirve, qué doctrinas condena y rechaza y cuáles son los caminos por donde quiere avanzar con firme paso.

Si caen sobre el país perjuicios y quebrantos, que piense en lo que otros sufren y no se deje arrastrar a quejas históricas ni a egoísmos torpes. Que, en el drama universal, lleno de lágrimas y de sangre, de heroísmo y de coraje, en ese drama de una tristeza sublime, de una amargura grandiosa, no quiera nadie en Colombia vivir bajo el ritmo de la zarzuela, porque ello sería deshonesto, ni creerse aislado de la universal desventura. Aceptar nuestro lote con entereza y con hombría, será la mejor manera de aminorarlo y hacerlo llevadero; intensificar reciamente el trabajo nacional, será el medio de defendernos y de ayudar a la defensa de los demás.

Defenderemos nuestro progreso, intensificaremos el trabajo nacional como el mejor de nuestros respaldos, y nos haremos fuertes para ahora y para siempre en el fomento de nuestras propias riquezas, en el aprovechamiento de nuestras tierras, en el desarrollo de nuestras industrias, pero sin olvidar que al lado y por encima de esas cosas materiales hay que velar por el espíritu de la Nación y hay que presentarla en una actitud afirmativa en estos momentos en que está en juego toda la suerte de la humanidad. Libres somos y libres seguiremos siendo. Demócratas somos y no ahorraremos esfuerzos por depurar nuestra democracia y hacerla cada día más auténtica, más sana y más fecunda. Seremos fieles al ideal americano con una fidelidad que no trepida ni retrocede, asumiendo las consecuencias que esa determinación exija. Así logremos pasar con la cabeza erguida las horas oscuras que se avecinan. Todo mi pensamiento podría hoy sintetizarse en una frase de Abraham Lincoln, que cuando muchos vacilaban, no dudaba en mantener la integridad de sus ideales y decía:

“Podemos salvar y salvaremos noblemente todo lo que mezquinamente podríamos perder”.

Buenas noches.

Eduardo Santos Montejo